

Foto: Julián Roldán

Los hiperamigos

ANA MARÍA
BEDOYA BUILES
Y ÓSCAR
ROLDÁN-ALZATE

Hay un maestro: Óscar Jaramillo. Alrededor suyo, un grupo de estudiantes de dibujo construye su obra. El maestro los ayuda a crecer y se convierte en mito. El trabajo del grupo se cristaliza en una muestra colectiva, una exposición que recibe un nombre que los marcará: Hiperamigos. Una mezcla de hiperrealismo y amistad, de trazos de dibujo e historias cruzadas.



Foto: Klein

Pablo Guzmán, Edwin Monsalve, César del Valle y Nadir Figueroa

Todo había salido perfecto pero él no llegaba. Amigos, familia y amantes del arte paseaban por las salas de la galería. Los meseros llenaban las copas con vino. La música de fondo era un murmurio de voces; brindaban por los hiperamigos. Y ellos, los pintores y dibujantes discípulos de Óscar Jaramillo —el ausente—, parecían seguros. Las obras se vendían, por primera vez. Pero a cada rato volvían la mirada a la puerta para buscarlo; la verdad es que estaban nerviosos. Si el maestro no llegaba, sería como el nacimiento de un grupo de huérfanos.

Aquella noche a finales de noviembre de 2007, en Abierta Galería se presentaron dos exposiciones más. La galería tenía un año y se proponía ser un espacio independiente para el arte contemporáneo. Quedaba en el tercer piso de un edificio de El Poblado, el barrio rico de Medellín. Al fondo del salón, un ventanal exhibía la ciudad.

A principios de ese mismo año se inauguró el MDE07, un evento que reunió durante seis meses a artistas de distintos países. Hacía una década no se daba un encuentro internacional de arte. Antes, en Medellín hubo una tradición de bienales organizadas por Coltejer, en los años 1968, 1970 y 1972, gracias a la bonanza de la industria de la confección y las telas y al altruismo

de los empresarios que invertían en la cultura. Una posterior fue organizada ya sin el nombre de Coltejer en 1981.

Lo que más originó el MDE07 fue controversia. Estuvo regido por la corriente del arte relacional, noción del esteta francés Nicolás Bourriaud. Lo que importa en esta tendencia es la relación entre las personas involucradas en la dinámica artística y no tanto el objeto, como una pintura.

En la nueva propuesta del MDE07, los artistas locales no fueron los anfitriones. El encuentro descartó propuestas centradas en la representación y demás formas convencionales del arte. Artistas como los hiperamigos, que no son los únicos en Medellín preocupados por la gramática del dibujo y la pintura, quedaron excluidos.

Todos nacieron a mediados de los ochenta en distintos municipios de Colombia. Ninguno se había graduado de la facultad de artes. Todos asistieron al mismo curso de dibujo, donde se conocieron y se hicieron discípulos de Jaramillo.

—¡Cuidado se vuelven conceptuales! —les decía el maestro a los alumnos, medio en broma, medio en serio.

Las paredes blancas, inmaculadas, de la galería fueron pintadas por los anfitriones de esa noche; el día anterior cambiaron el pincel por la

brocha. Mientras lo hacían conversaron sobre el nombre de la exposición: Hiperamigos. Les pareció ridículo. La idea fue del galerista, un profesor de la Universidad de Antioquia y curador, quien los convocó para la muestra. Cuando fueron a decirle lo que pensaban del nombre, los catálogos ya estaban impresos con esa letra inflada, grande, como las que se usan para los nombres de los superhéroes en las historietas.

La verdad es que no eran los mejores amigos. Se habían visto en las clases. Pero cuando cada uno conoció lo que hacían los demás, se admiraron en silencio. Tampoco salían juntos a emborracharse. Ni drogas, ni veladas nocturnas, ni amantes. Cada uno encerrado en el taller, dibujando o pintando. Frailes del óleo, del grafito, del acrílico.

Esa sería la primera de otras exposiciones que harían juntos con ese nombre, que luego de esa noche les pareció acertado. El juego de palabras definía los que ellos hacían: hiperrealidad, un estilo que emergió a finales de la década de los sesenta en Estados Unidos. Los artistas retaban la capacidad del ojo para diferenciar una fotografía de un dibujo. Una imagen sin desenfoque donde los planos deben ser definidos, las pinceladas van puras sobre el soporte. La sensación es de una realidad que rebasa la realidad misma.

Minucioso

Lo primero que César del Valle conoció acerca del maestro fue un retrato, el rostro de un malevo. Un gamberro de unos treinta y cinco años, los ojos cansados, vidriosos. Los párpados inferiores abultados. Las cejas gruesas. La frente y la nariz anchas. Bigote de tres días. Labios finos. Vestido con varias prendas llenas de pliegues. Los brazos cruzados.

Un vago que hace parte de una colección de errabundos, artistas, escritores, putas, ladrones, indigentes que Jaramillo dibujó, siempre al día siguiente de haberlos visto. Los miraba dos o tres veces y los aprendía de memoria. Lo hacía durante esas noches bohemias en las que erró por las calles de Lovaina y del centro de Medellín, acompañado de una jauría de amigos, entre ellos los escritores Elkin Restrepo y Manuel Mejía Vallejo.

Jaramillo perteneció a la generación de artistas urbanos inquietos con el realismo, entre los que estaban Saturnino Ramírez y Javier Restrepo. Todos hicieron inmersión en la cotidianidad de

las calles, y retrataron lo que vieron. Fue una ruptura para la costumbre de las escuelas de arte, todavía metidas en lo tradicional, el paisajismo, la naturaleza muerta.

—Ve, vos dibujás como yo —le dijo Jaramillo en la primera clase. César se quedó mudo, con los músculos tensos. Los dos, como si se tratara de un revelado fotográfico, parten del blanco y dejan los tonos oscuros para el final. Maestro y discípulo se preguntan por lo fugaz, lo cotidiano, lo cercano, y por el retrato que, apenas está listo, dista del modelo; el otro ya es unos segundos más viejo.

Los seis dibujos que expuso César en Abierta Galería fueron vendidos. Un hombre tardó más en verlos que en comprarlos. Enmarcados con acrílico en cajas de madera pintadas de blanco, eran piezas impolutas. Él pensaba en lo difícil que sería decirles adiós. Ya no eran suyos y el maestro no llegaba a la exposición para contemplarlos.

César vive en una casa de dos cuartos, con pocas cosas. En el segundo cuarto pasa la mayor parte del tiempo. Reclinado a la pared está el colchón, sin sábana, en el que duerme. Sobre la mesa de dibujo reposa una carpeta de tela con pinceles. Una lámpara ilumina el retrato de un hombre con gafas, cigarrillo en los labios, ceño fruncido. Contiguo está el segundo tomo de cuentos completos de Borges, con un papelito dentro de la página 197. Las cuatro primeras líneas del cuento “Los espejos velados” están subrayadas con lápiz: “El Islam asegura que el día inapelable del Juicio, todo perpetrador de la imagen de una cosa viviente resucitará con sus obras, y le será ordenado que las anime, y fracasará, y será entregado con ellas al fuego del castigo”.

César es de Pereira, una ciudad del Eje Cafetero.

—Yo vi desde pequeño un hombre que dibujaba: mi padre.

Su padre tenía una empresa de publicidad y estaba suscrito a una revista que explicaba los secretos del dibujo paso a paso. César heredó los catálogos y una enciclopedia *Lexis 22* en la que buscaba imágenes para copiar.

Luego de los primeros semestres estuvo a punto de regresar a Pereira, desanimado. Quería dedicarse al dibujo, y la academia le hacía el feo, porque, decían, eso no era una obra sino un boceto de lo que no ha sido. Una tarde asistió a una

muestra de estudiantes; vio, entre varios trabajos, el de dos dibujantes que luego serían sus amigos: Edwin y Nadir.

—Eso hizo que yo me animara. Me emocioné porque eran trabajos muy buenos, sin saber que luego estaríamos juntos en la misma clase con el maestro.

Él consagró a Jaramillo como maestro —“Un señor de pelo blanco, un caballero sencillo y ceremonioso”— el día que les dijo, apenas los vio afanados en terminar un retrato: “Entre más lento vayan, más rápido acaban”. Fue una licencia, un dictamen, un secreto. César dejó de dar zancadas sobre las líneas grises.

Su casa tiene un balcón con vista a Medellín. La noche nace, apenas, y las montañas se llenan con las luces de las casas y del alumbrado público.

—Si paso mucho rato dibujando me siento acá y contemplo la ciudad. Abro la mirada, descanso los ojos.

Cuando llegó por primera vez a Medellín, se aterró al ver esas montañas llenas de casas. Señala una que está al oriente, oscura, deshabitada, ese vacío lo alivia.

—Por eso —dice— me debe gustar tanto esa.

Alquimista

A Edwin Monsalve le costaba mucho definir las tramas, su línea era torpe, indecisa. Un día de clase, el maestro Jaramillo se le acercó y le dijo que desde ese momento solo haría las tramas en una dirección hasta que él le ordenara lo contrario. Ya no recuerda cuánto tiempo pasó trazando líneas en el mismo sentido, hasta que el maestro se le acercó y le dijo: “bien, muy bien, ahora podés hacer tramas como te dé la gana”.

—Él nos enseñó a ver, a saber observar. A entender el dibujo como dibujo y no como imagen. A comprender el material. Edwin es el único de Antioquia. Oriundo de Bello, un municipio que limita al sur con Medellín.

En la muestra de los hiperamigos expuso una serie de dibujos: distintos planos de una hoja que cae luego de desprenderse de la rama del árbol. Su dibujo, limpio e inteligente, habita en el filo entre lo conceptual y lo hiperreal. Se ha preocupado por entender los materiales.

En la sala de su casa tiene tres cuadros de “Expedición Extinta”. Dos son iguales, pero en el

primero la pátina es añejada, ambarina: estuvo expuesta a la luz del sol, parece de otra época. En el segundo y el tercero los tonos verdes permanecen agudos. Los dibujos son copias de las ilustraciones de la expedición botánica en el Reino de Granada del sabio Mutis. Pero las de Edwin fueron pintadas con pigmentos que extrajo de la clorofila.

Aprendió a hacerlo en una clase de ciencias naturales cuando estaba en tercero de primaria.

—A la gente —dice— le parece un objeto muy hermoso. A mí me cuestiona que quienes adquirieron una de estas obras deben cuidarlas mucho para preservarlas. Con el paso del tiempo los colores van a desaparecer. Es un objeto costoso. Mientras que la planta, la real, no importa tanto.

El taller es un cuarto pequeño. Sobre una mesa tiene tres hileras de tubos con acrílico, ordenados en escala tonal. No hay ni una mancha de pintura en el suelo ni en la pared. Edwin coge un cuadernillo de la mesa —un calendario— en el que usa los cuadrillos de los meses como paleta de colores. Cada casilla tiene los tonos que usa para pintar.

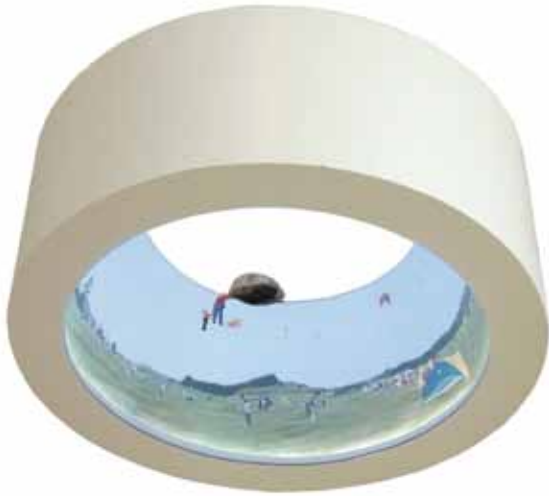
—Son las fórmulas de los colores que uso, la cantidad que necesito de cada uno para que me den otros tonos.

En una clase el maestro Jaramillo les contó que, para llegar a la invención de su técnica del dibujo con trementina, primero ensayó con gasolina y varsol. Por eso los primeros trabajos le quedaron brumosos y bermejos. La trementina logró el efecto que buscaba: los trazos se funden, imperceptibles; el retrato ya no es un dibujo que limita en líneas, sino una efigie orgánica. La obsesión por los materiales lo llevó a investigar y a conocer todos los tipos de papel, de lápices y hasta de borradores del mercado.

—Para la clase —dice Edwin— nos pidió un borrador de secretaria, un lápiz 6b y el papel durex de 180 gramos. Yo entendí que todos estos medios en apariencia tan técnicos eran una idea en sí misma.

Alegórico

Un tríptico con tres personajes en primer plano, como el de las fotos de identidad, estaba colgado de la pared inmediata a las escalas por las que se subía a la galería. Era la primera de las obras que veían los invitados. Los retratos eran jocosos, tenían narices rojas, como payasos borrachos y sonrojados.



Diorama 9

Autor: Nadir Figueroa. Pintura en acrílico, madera, vidrio, luz de neón. Personajes en resina. Dimensiones: 43.5 x 90 cm. 2007

Las obras de Pablo Guzmán eran las más grandes y coloridas de la muestra. Son pinturas en un tiempo donde la pintura esta demodé.

La obsesión de Pablo por los fondos: las rejas, las persianas, las ventanas y las texturas, evoca los retratos del maestro Jaramillo que gozan las calles, una atmósfera matizada en los fondos.

En clase con el maestro, Pablo empezó a preguntarse por el espectador. “Si quien mira es lo real, entonces qué será lo que está viendo. Quería pintar un cuadro que representara otro cuadro”. En la sala tiene un cuadro: es una reja roja. En la parte superior hay un portillo desde el que un hombre asoma el rostro, la mirada escrutadora; parece esconderse de alguien, y vigila a quien pasa por ahí. Dentro del lugar todo está oscuro.

—Yo tiro la piedra y escondo la mano. Me gusta jugar con el espacio y la pintura. Me gusta que quien la mire pueda inventarse una realidad —dice Pablo.

Su taller está en una buhardilla fragante de acrílico. Tiene una ventana desde la que se ven “esos edificios que se tiraron la vista”. Tiene los cuadros apilados a la pared. Son altos, casi alcanzan el techo. En una mesa están dispersos tubos con pinturas, papeles, brochas, pinceles. También hay dos montañas de platos de icopor usados como paletas.

Un día, Pablo, el muchachito silencioso de San Agustín, colgó dos cuadros en los flancos de un balcón de la facultad de artes.

En cada pintura reprodujo el mirador y puso dos personajes, hombre y mujer, que parecen estar contemplando el jardín que se vería desde allí. Los transeúntes pasaban desprevenidos, pero después de alejarse unos pasos se detenían, hacían camino de regreso y volvían a mirar al balcón.

—Desde que los dejamos dibujar, mire lo que están haciéndole —diría el maestro Jaramillo, luego, a un profesor de la facultad.

La ceremonia en la que se le ungió como el pintor fue una noche en la que él, César, Edwin y Nadir salieron con el maestro. Renovaron una y otra vez las copas con vino en un bar de la calle Maracaibo, donde cuarenta años atrás Jaramillo se había embelesado con rostros aciagos. Se emborracharon juntos por primera vez, y antes de salir abrazados, arrastrando los cuerpos, el maestro les dijo: “Ustedes son mis hijos”.

Legatario

Nadir Figueroa, el barranquillero criado en Barrancabermeja, el mayor de los hiperamigos, es el heredero de la tradición: lleva hoy la clase del maestro en la Universidad de Antioquia. Jaramillo renunció al curso porque en la universidad pública, cuando hay paro o asamblea, los salones quedan desiertos. Y porque aunque el salón estaba lleno, sabía que hablaba solo para dos o tres. A Nadir, recién graduado, le ofrecieron la clase.

—La semana pasada lo llamé para recordarle que él había dejado un vacío al irse. Yo me siento muy raro dando ese curso, pienso mucho en él, en la paciencia que nos tenía. Ser un profesor y entregar lo que sabes, con la generosidad que lo hace Jaramillo, eso sí es difícil.

Aprendió a dibujar porque el papá un día se cansó de dibujarle.

Desde que tenía dos años, Nadir le decía al papá, al verlo hacer figuras con las que calificaba los exámenes de sus alumnos:

—Papá, dibújame un perrito. Papá, dibújame un gato.

—Dibuje usted, mijo, que usted también es capaz —le decía el papá.

Capaz fue de sentarse a dibujar todos los días hasta seis horas. Y el papá le volvió a decir:

—Lo que usted hace se llama artes plásticas, y eso va a estudiar.

Cuando estaba en la universidad, el maestro de pintura, Fredy Serna, lo invitó a una exposición en el Museo de Antioquia. “Venga le presento a alguien”, le dijo, y fueron donde un señor alto, sobrio, que esperaba en la entrada del museo: “Él es el maestro Óscar Jaramillo”. Nadir le extendió la mano al que él ya conocía desde *pelaito*, cuando pasaba horas mirando los catálogos y las hojas de vida de los artistas más reconocidos del país.

—Me habló como si yo ya fuera todo un pintor, y yo estaba asustado. Nunca había visto una foto de él, pero conocía su obra; me lo imaginaba más joven. Lo sentía tan cercano a mí, porque sus dibujos hablan de lo cotidiano.

A los pocos meses supo que en la Universidad de Antioquia iban a abrir un curso con Óscar Jaramillo. El día de la matrícula no alcanzó cupo. Esperó la primera clase, lo vio entrar al salón y se le acercó a decirle que si lo dejaba asistir, y claro.

—En la clase él ya sabía quiénes eran buenos dibujantes. Un día se me acercó y me dijo: “Vea Nadir, ojo con Pablito, con César y con Edwin, para que se reúnan y hagan una exposición. Ustedes son los que van a dibujar”.

En el tercer piso de la casa construyó hace dos años su taller, de paredes altas, grises, y con dos ventanales que coinciden con el oriente y el occidente de Medellín. La habitación se llena con la luz de la mañana y de la tarde, las horas en las que él se dedica a pintar cuadros de grandes formatos.

—Por eso —dice— le hice el techo alto.

Esta tarde estuvo con sus hijos de recorrido por Medellín, tomando fotos que luego usará para hacer los bocetos de próximas pinturas. En el taller no está el políptico de la panorámica desde el barrio Moravia (lo tiene expuesto en una galería de Bogotá), que se tardó un año en terminar. Es una pintura donde decenas de casas en la ladera tiñen la montaña con el color del ladrillo, al fondo se elevan los edificios del centro de Medellín, grises, y más allá, en los picos de las montañas, se explaya una nube larga y gorda, como una cortina en el cielo.

—El maestro nos enseñó lo que tiene que saber un buen dibujante: observar.

* * *

En Abierta Galería, a las nueve de la noche ya no quedaba casi nadie. Las personas empezaron a marcharse. Los artistas también se fueron.

El salón, casi desocupado, estaba a punto de cerrarse. Solo se escuchaban las voces de los pocos que conversaban cuando a la entrada del lugar se asomó la figura de un hombre alto, vestido de camisa blanca y pantalón beige, con una sombrilla larga colgada en el antebrazo. Caminó hacia las obras y las contempló sin afán. Los meseros recogían las copas vacías abandonadas en el piso.

El maestro Óscar Jaramillo había llegado. Los pocos que quedaban en el sitio se le acercaron a saludarlo. Él pidió disculpas por la demora.

—¿Y dónde están los muchachos? —preguntó.

—Ya se fueron.

El maestro rió.

—Son tan juiciosos que uno al lado de ellos se siente regañado.

Para él la noche era un recién nacido que chillaba y al que solo podría callar una copa de vino. Brindó, solo, por el nacimiento de ellos, los ausentes.

—Son unos niños. Son como mis hijos. ■

Ana María Bedoya (Colombia)

Periodista de la Universidad de Antioquia. Ha sido reportera para *De la Urbe, Tinta Tres, Altair Radio, El Caminero y Semana*. Es autora del libro *De oro están hechos mis días*, Beca a la creación 2010. Fue ganadora de los premios Emisión 2008 en la categoría crónica con *Cuando la sangre hierve*. Trabaja como corresponsal en Medellín para *Verdad Abierta*.

Óscar Roldán-Alzate (Colombia)

Maestro en artes plásticas y politólogo de la Universidad de Antioquia. Desde el año 2008 es curador en el Museo de Arte Moderno de Medellín. En el año 2010 fundó el Programa ALBO, plataforma de intermediación cultural que promueve proyectos *site specific* de artistas jóvenes colombianos. Es curador del 43 Salón Nacional de Artistas.

Este texto hace parte de *Medellín a cuatro manos*, publicación que recoge las nueve crónicas desarrolladas durante cinco días en el *Taller anfibio de periodismo cultural* de la Dirección de Comunicaciones del Ministerio de Cultura de Colombia, en alianza con la Fundación Gabriel García Márquez para el Nuevo Periodismo Iberoamericano - FNPI, con el apoyo de la Revista *Anfibio* y la Universidad de San Martín (Argentina). El taller fue dirigido por Patricia Nieto y Cristian Alarcón.

Las fotografías de la crónica “El poeta y la ciudad”, publicada en el número 311, son cortesía del fotógrafo Julián Roldán.